



José Gregorio Lobo

Nació en San Rafael de Mucuchíes, en 1945. Licenciado en Letras (1969) en la Universidad de Los Andes. En 1972, obtuvo el grado de Master of Arts en la Eastern Michigan University, USA. En 1980, cursó Sociología de la Literatura en la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres. Profesor Titular Jubilado de la ULA. *Escritos: La Contemporaneidad Literaria de William Faulkner*, 1993. *Poesía: Una lágrima sobre la hierba*, 1977.



José Gregorio Lobo



José Gregorio se animó mucho cuando le propusimos publicar un libro de relatos escritos por los tres. Enseguida se puso a trabajar y aquí está lo que nos dio. Trajo a nuestros ojos las montañas más altas donde los hielos son los transeúntes cotidianos. Tomó de la mano El Valle del Tisure, el Pico de La Ventana y Micarache. Se vino en compañía de José del Carmen, del mudo Pedro Luis y de Benito, seguidos por Demesia, Epifania y el perro “Careto”. El hielo de las cumbres, la ventisca y la neblina se agregaron. La arepa de trigo, el queso ahumado y la mantequilla criolla completaron el cortejo.

Y se hizo presente la palabra, el idioma de los páramos, el habla de la tierra:

“Por aquí siempre llegaba a veces en las tardes y se sentaba en esa silletica a pensar y a comer chimó, pues hasta esa costumbre había agarrado desde que se le fue la mujer. Todo sucio hasta quince días lo víamos con un pantaloncito de kaki y una camisita todita remendada con el cuello negrito de mugre”

La fuerza telúrica está en José Gregorio. Es una vibración única en donde la lengua popular se encarama en la nieve, juguetea con las nubes y baja por los ríos hasta caer en la llanura. ¡Larga vida a la voz serrana de José Gregorio!

Alirio Liscano





El Entierro

Fuera de la casa enclavada en la mitad del filo, soplaba un viento helado; abajo, el acantilado en el fondo del cual corría un riachuelo, que cuando llovía se transformaba en un río caudaloso, con su desembocadura en el pie de monte barinés muy cerca del río Paguey. Antes del mediodía de ese miércoles de junio empezó a cubrirse de neblina todo el Valle del Tisure. El canto de los pájaros y el sonido del viento al estrellarse contra el techo de zinc de la casa, eran los únicos compañeros que me quedaron, mientras esperaba pacientemente el regreso de las bestias que se habían ido a cumplir una misión especial hacia Micarache. Después que partió el compadre con su arreo, me arrepentí de no haberme traído el perro “Careto”, compañero de siempre en el pueblo. De todas maneras decidí entrar a la casa y revisar en la cocina, qué había dejado mi compadre. Dos latas de sardinas, tres arepas de harina de trigo, varios pedazos de queso ahumado, una lata de mantequilla criolla, un pedazo de tocino y un kilo de café molido. En la cocina todavía quedaba el humo y varias astillas de leña alrededor de las tres topias que servían de soporte a las ollas de barro. Un aire enrarecido envolvía todo aquel ambiente paramero dentro de la casa. Me senté al lado del fogón sobre una vieja silla de madera y calenté un cafecito negro sin azúcar. Pensé en el viejo que había vivido allí durante tantos años. Su vida transcurría entre esta casa del filo y la casa de El Valle del Potrero. Detrás





de esta última construida por él mismo, se despeñaba una cascada que al correr hacia el río, atravesaba un túnel vegetal que bauticé un día que tuve la suerte de estar en su interior, como “el túnel de la vida”.

Una vez dentro de ese túnel, el cielo era sustituido por el follaje verde y si se miraba el agua, se apreciaba el movimiento de la espuma producida por las ondas que chocaban insistentemente con las piedras. Atrás quedaban por un instante todas las preocupaciones, todos los miedos y todas las angustias. Me imagino que el viejo se había pasado no pocas horas reflexionando allí, en un ambiente en el que no sólo es posible integrarse con la naturaleza sino con el mismo Dios en persona.

El arriero, mi compadre José del Carmen, subió la cuesta hasta el Pico de La Ventana y más tarde atravesó con las tres mulas todo el Llano del Trigo, así llamado por los antiguos habitantes de esas soledades, desde hace mucho tiempo. Una de las bestias llevaba como carga una escardilla, un pico y una pala. Todos estos instrumentos cubiertos con una lona por si llovía. En la otra mula iba montado mi compadre con su foete favorito para el arreo y la última, una mula rucia, iba escotera.

En un recodo del camino, bajando la cuesta del Llano del Trigo, mi compadre observó una pequeña quebrada de agua cristalina, masticó un pedazo de panela y se agachó para beber varios tragos de agua que brotaba de la montaña. Las mulas habían continuado su camino de descenso, sin importarles la maniobra del arriero. Un viento helado y el sonido de los cascos al chocar con las piedras de la vía, le recordaron al compadre lo lejos que estaba de su casa en el pueblo. Miró por un instante hacia los picachos lejanos, llenos de nieve, se acomodó la ruana



tejida en base a rombos por el viejo y continuó su camino entre frailejones.



La panela le dio fuerza para atravesar el Llano del Trigo. En su mente sólo estaba el cumplimiento, al pie de la letra, de la tarea encomendada. Ya en la tarde pudo observar a lo lejos las casas de Micarache. Muchas de ellas de techo de zinc y otras de teja. Tengo que asegurarme del sitio exacto para hacer el trabajo, pensó. La verdad es que el compadre ya tenía la suficiente edad, como para entrar en la vejez con la solvencia económica suficiente para afrontar todas las necesidades de un viejo, incluyendo su salud. Del resultado exitoso de este trabajo iría a depender su futuro. Una de las casas con techo de zinc, desprendía hacia el cielo un penacho de humo negro, color muy sospechoso para aquel alejado lugar del Páramo; se trataba de la combustión de un caucho de vehículo. En el nombre de Dios, se dijo para sí el compadre José del Carmen, ya estamos llegando.

Eran los últimos dos kilómetros y después de atravesar el camino en zigzag, arribó finalmente a la casa de zinc desde donde salía el humo negro. Esta casa tenía un patio grande, desde el cual se podía observar a lo lejos, la quebrada que más abajo atraviesa el pueblo de Gavidia. El compadre José del Carmen llegó a las seis de la tarde, cuando ya los pájaros estaban terminando los últimos trinos del día. Un fuerte olor a humo hizo que se demorara unos minutos en abrir la puerta. Descargó la mula que llevaba la escardilla el pico y la pala, abrió la cerradura y colocó los instrumentos de trabajo en la sala. Las bestias resoplaron como si hubieran aliviado del largo camino. Luego entró a la cocina donde encontró sobre una mesa de madera una panela solamente, porque el tiempo de su trabajo estaba





limitado a esa noche. A las seis de la mañana el trabajo tenía que haber concluido en su totalidad y él, abandonado el sitio. Es más, él debería estar lejos de allí a las siete de la mañana.

Un pedazo de tocino frito y una arepa de harina de trigo, con un poquito de guarapo, fueron su cena. Luego se acostó y durmió en una cama de madera y un colchón de frailejones. Arriba en el firmamento alumbraba la luna llena, como un enorme reflector que iba a permitir la tarea del compadre. Efectivamente a la una de la madrugada alguien le tocó la puerta de la casa y él se despierta, abre la ventana con toda confianza. Era el mudo Pedro Luis. El entierro estaba en la esquina de la casa que daba hacia la quebrada. El compadre con la ayuda de la aguja, que siempre llevaba en su morral precisó con toda exactitud el sitio.

A las tres de la mañana ya todo el trabajo estaba finalizado. La luna continuó como un gran reflector hasta las cinco de la mañana. Los dos amigos se despidieron exactamente el uno del otro a las cuatro de la mañana en el alto de Micarache. El mudo se dirigió hacia los lados de Mistequé, donde vivía y mi compadre se regresó hacia el Llano del Trigo para luego atravesar las lagunas de Michurao y subir al Alto de la Laguna del Hoyo. Las tres lagunas se convirtieron en tres grandes espejos mientras el compadre las atravesaba. Las tres bestias venían muy frescas de regreso. Parecía que se sentían mejor de noche y con luna llena que de día, con el calor del sol. A las seis de la mañana ya el compadre estaba muy lejos de Micarache donde había extraído dos grandes cajas cumpliendo con todas las reglas que se acostumbra para estos casos: Ausencia de miedo, manipulación a contra corriente, es decir contra el viento, cubrimiento de



las manos y otras. Yo lo esperé hasta el mediodía, hora a la cual llegó con el tesoro escondido recién rescatado. Mi parte era la mitad y lo suyo era la otra mitad. Muchos años después el compadre llegó al pueblo con carro último modelo, procedente de Caracas. Aseguró su futuro. Yo había asegurado el mío hacía mucho tiempo.



Recordar viejos tiempos y planificar nuevas aventuras es ahora mi tarea, a mi edad, ya no tan joven como mi compadre, pero tampoco tan viejo, como el fundador de toda esta comunidad, en el inmenso y hermoso Valle, a quien todo el mundo admira. Aquí está el túnel de la vida esperando que alguien con actitud reflexiva se introduzca en él, o simplemente quiera inspirarse para obtener alguna revelación de Dios.





El rostro de mi padre

Cuando mi padre se mudó solo para la montaña y permaneció allá por más de cuarenta y cinco años, me contó luego, a su regreso, que había empezado en su soledad a desarrollar un extraño poder, el cual consistía en leer los pensamientos de la gente. Los registraba como en el disco duro de una computadora. Se transformó en la única persona capaz de ver la vida, de sentir el fluir de la existencia de las plantas, de los animales y de los hombres. Desarrolló a través del tiempo la capacidad de ver las enfermedades potenciales de los animales y de los seres humanos. Una computadora que registraba como en una gran pantalla con poderes afrodisíacos, las letras de los miles de libros que habían pasado por sus ojos y su mente. Pero lo más asombroso de todo era su facultad de ver el fluir de la vida, es decir, se transformó en la única persona capaz de ver, sentir y experimentar la existencia.

Mi padre desarrolló la extraordinaria facultad de ver las enfermedades potenciales tanto de los animales como de los hombres; que si usted iría a desarrollar dentro de tres años angina de pecho o dentro de diez sordera compartida o simplemente cálculos renales adoptivos o peste involuntaria de origen australiano. Todo lo registraba en su mente con suficiente anticipación, lo cual le reportó una enorme cantidad de dinero, cuyo capital ni intereses jamás pudo llegar a calcular debido a su odio eterno por el dinero. Cuando alguien le miraba fijamente a los ojos,

.





podía observar en ellos un pequeño universo. Pequeño universo matizado de oropéndolas, que al ser sopladas con fuerza de huracán, hacían que se desatara dentro de su organismo una tormenta venenosa con nubes de escarlatina amarilla, la cual si era muy prolongada en el tiempo y en el espacio, desataba a su vez un gigantesco remolino de peces exóticos, como el pomacanthus maculosus, el prognathodus longinostris o el carassius auratus para citar unos pocos en su nominación más culta.

Sin embargo, cuando miles de írides se posaban sobre su nariz espumosa, se veía disminuir el furor de la tempestad como por arte de magia y todo el mundo se podía acostar tranquilo, en su cama de alabastro amarillento, para renovar al día siguiente la tarea de seguir observando a mi padre en el jardín tirándole rosas a las lagartijas de papel, asustando a las gallinas de jabón o escupiéndole a los alacranes de seda. Ese era su destino. Otro día me puse a mirar la cara de mi padre y de pronto observé que de sus ojos brotaban corazones amarillos, de su pelo pequeñas chispas carmesí, de su nariz el brazo de una larga guitarra anaranjada con varios cañones que disparaban tarjetones electorales diseñados con flores azules. A nivel del cuello estaba un edificio de apartamentos desde donde eran disparados con insistencia miles de cubos al revés, en forma de corazones de color apio, que iban a estrellarse directamente contra las cuerdas de la guitarra. Sin embargo, de sus ojos provenía una mirada de guerrero infatigable. De su único lente de colores colgaba, como una pereza de un árbol, una mina de arena que hubiera servido para rellenar cien veces más el desierto del Sahara.

Su nariz achatada en los polos se parecía más a una estructura de hormigón en forma de nido de pájaro, que



a un órgano corporal; la barbilla brillaba por su ausencia ya que desde hacía miles de años, las arenas del desierto no permitían que en el aquel rostro por demás marchito por el viento y el tiempo, naciera algo que tuviera que ver con alguna función vital. Sus pestañas eran tan largas como aquellos árboles amazónicos apostados a la orilla de los ríos que nunca descansan de llorar. Era su destino. Sus párpados, cuando él dormía, arrojaban sus ojos como lo hacían las cobijas que llevaron al Polo Norte los primeros conquistadores de aquella inhóspita región. Sus labios se mordían de frío cada vez que las mujeres bonitas le hacían cosquillas en la espalda; pero, de todas estas cosas la más importante era distinguir los límites entre sus mejillas y el ambiente que las rodeaba. No había límites físicos entre las moléculas de aire apostadas dentro de su piel y fuera de ella. Cuando uno se quedaba mirando aquel rostro enmohecido, daba la impresión de estar contemplando una catedral de algodón mil veces disecada y orinada por estorninos y mariposas venidos de Nueva Guinea o de Samoa. Ese era su destino.





Estrellas en el teatro

Desde mi cómoda butaca observé a dos soldados. Caminaban sobre cuerdas horizontales como dos hombres de goma. A cada movimiento o ruido del auditorio lanzaban una risita al parecer previamente ensayada. La escenografía estaba a la altura de las más grandes salas de teatro del mundo. Antes de empezar la función, uno de los actores representando a un anciano, se desplomó de repente sobre los hombros de un joven, quien consternado, apenas logró mantener su frágil equilibrio para no dar al traste con el piso de cartón. Inmediatamente después apareció un hombre con aspecto de alcohólico saliendo de un escaparate adornado con retratos de todos los invitados especiales. Detrás del escaparate se encontraba una señora de aspecto aristocrático y a su lado un mesonero de turbante gris en actitud expectante. Delante del reloj se pararon la novia y su padre, éste último con un vaso de whisky en su mano derecha.

Nadie supo jamás quién era el borracho impertinente, ni cómo había llegado hasta allí. Más tarde llegaron otros soldados o hacedores de estrellas como los llamaba el público. Estos arrastraban con cuerdas de nylon a un hombre desnudo que a la vez iba colgando boca abajo. A la altura de sus pies brotaron varios haces de chispas, que como centellas relucientes en medio de la tarde, iluminaron aquel amplio escenario.





Nadie sabía qué hacían con ese hombre a quien le lanzaban baldes llenos de agua cada cinco minutos. El agua al chocar con su cuerpo se convertía en millones de estrellas diminutas que empezaban a flotar describiendo una multiplicidad inimaginable de órbitas multicolores a lo largo y ancho de aquella inmensa sala, llegando incluso hasta la cabina para la venta de tiques.

A las seis de la tarde todo el mundo en el auditorio se consideraba en medio de una guerra oftalmológica, ya que cuando tan pequeñísimas estrellas se acercaban demasiado a los ojos de cada espectador, éste sentía un impulso irreprimible de atacarlas (lanza en ristre) con su imaginación. De pronto todos los presentes se quedaron paralizados como por arte de magia. Los personajes cesaron todos sus movimientos vitales, quedaron petrificados, congelados, al modo de una imagen fotográfica.

A las siete y cuarenta y cinco de la tarde se desprendieron desde el techo unas cuerdas invisibles que reanudaron todo movimiento sobre las tablas, apareciendo simultáneamente un anciano de noventa y nueve años danzando una pieza de folclor africano y confundiéndose con los demás personajes, ya para ese momento totalmente revitalizados. El viejo después de actuar con la energía de un muchacho, se sentó tranquilamente en una silla y se quedó dormido hasta la madrugada. A esa hora un yogui empezó su actuación, la cual era: sentarse imitando una flor de loto y mirando fijamente al público hasta que sus ojos, hechos de una plástico especial galvanizado, absorbieran todas las diminutas estrellas que a esa hora ya danzaban desorientadas en el aire. El sonido de una corneta de gandola se oyó al fondo del gran salón y en ese preciso momento pudo salir el borracho tambaleante del escaparate.





Para entonces ya los demás personajes estaban dentro de mi cámara de videos condenados al acetato para siempre. El único reacio a entrar en ella fue un desvencijado drogo empeñado en escupir su estómago contra todos los espectadores. Sin embargo, al fallar en su desnaturalizado intento, penetró contra su voluntad -para morir- en el interior de un viejo piano, carcomido por los embates de la polilla y el olvido. ¡Vaya jornada teatral! y era algo sucedido en la capital. Si esto mismo hubiese sucedido en la provincia. ¡El escándalo que se hubiese armado! Menos mal que hasta la apartada región interiorana, no llegaban tan famosas personalidades del arte. Además, para esa época todo el mundo estaba encerrado en el fragor del gusto decimonónico, aunque brillaran hasta reventar los electrones sobre las tablas. Lejos se encontraban estos seres de la moderna y depurada técnica teatral de un Ljubimov, de un Wajda, de un Beckett. Los susodichos personajes eran por el contrario, figuras postergadas, de individualidades antañonas que habían necesitado de cuerdas para ejercitar su movimiento más allá de la voluntad de su polémico Director. Los últimos aspavientos con los baldes de agua terminaron al amanecer. El hombre desnudo boca abajo resultó ser una pieza de utilería, provista de un mecanismo especial que transformaba el hidrógeno del agua en una especie de azufre incandescente. La función afortunadamente terminó con los primeros rayos del sol.

Era así como la provincia estaba condenada a seguir esperando nuevos y mejores hacedores de estrellas.





El desarreglo

El hombrecito se llevó su mano derecha a la cabeza dándose varios golpes suaves en la frente, como queriendo recordar algo olvidado. La tarde estaba nublada y pronto la lluvia empezó a regar la ciudad, llenando de frescor calles y avenidas, donde algunos parroquianos, arropándose con abrigos unos, cubriéndose con sombrillas o periódicos otros, caminaban con la mayor tranquilidad en aquella tarde primaveral. Otros simplemente conducían sus automóviles con los vidrios cerrados. Desde la habitación más grande de la casa, llena de libros, revistas y periódicos, que podían tener la categoría de estudio, José Martínez intentaba por enésima vez ponerse de acuerdo consigo mismo para encontrarle tema a su próximo relato, que iría a completar su segundo libro de cuentos.

Sobre qué lo escribo -se preguntaba- sobre la muerte de mi madre, sobre algún episodio callejero sucedido durante mi niñez allá en el pueblo donde nací, sobre cualquier incidente urbano o sobre la Guerra del Golfo? Bueno, podría ser sobre esto último. Sobre la guerra. El personaje principal muy bien podría ser un piloto de cazabombardero en misión nocturna, desplazándose a una velocidad que doblara la barrera del sonido. Perseguir un versátil aparato enemigo hasta perderlo en el radar. Atravesar montañas y desiertos en cuestión de segundos y luego lanzar la carga mortal sobre un campo adversario.





Esperar las explosiones y luego regresar a tierra. No. Era mejor colocar al protagonista de la narración en una situación contraria: esquivar la acción de un aparato enemigo y para eludirlo definitivamente, buscar el resplandor nocturno de la ciudad más cercana y dar un viraje de 180 grados. Cambiando al mismo tiempo de altura, por ejemplo, de treinta mil pies bajar a veinte mil o al contrario: de veinte mil pies subir a treinta mil. Buscar un colchón de nubes en cualquier dirección y luego regresar a la base.

○ era mejor encontrar otro tema, más coherente con los relatos anteriores: historias relacionadas con la vida de la ciudad, prostitutas, artistas frustrados, comerciantes arruinados durante manifestaciones estudiantiles o amas de casa pidiendo rebajas en los precios. José Martínez se colocó esta vez las dos manos en la cabeza y se dijo en voz alta: Hasta cuando busco tema para mi próximo relato? Ya está, escribiré sobre alguien que esté redactando un libro de cuentos sin cuidar la unidad temática. ¡Qué importa la unidad temática frente a tanta incoherencia del mundo! Redactaré sobre el desarreglo, el despelote, la confusión y el desaliño temático del mundo.

La noche llegó, cesó la lluvia, aparecieron las estrellas en desorden en la bóveda del cielo y desde lejos, se podía observar la luz proveniente del estudio de José Martínez, tratando de terminar de redactar su libro de cuentos con un relato totalmente incoherente, pero copiando a la vez lo que observaba a través de la ventana; desde la habitación más grande de su casa.



Barro y obsidiana

El aire de la tarde se hace cada vez más frío. Las guacamayas se disponen a colgarse de la rama más firme, colocando su pescuezo debajo del ala para pasar la noche cómodamente. Los autobuses siguen circulando por la estrecha vía que sale de la ciudad. Mis notas de lo que observo cada vez se parecen más a un documento enmohecido por el largo tiempo que ha transcurrido desde mi última comunicación que le enviara a mi rotativo ya hace unos cuantos años. Por lo tanto mi nombre como corresponsal extranjero es posible que se haya borrado de la memoria de muchos de mis antiguos y fieles lectores del pasado. Sin embargo, sigo aquí en esta corresponsalía con más firmeza que nunca, a pesar de la larga interrupción que mi enfermedad produjo principalmente a comienzos de este año ya a punto de irse para siempre. Y hago este esfuerzo de escritura con un lápiz de obsidiana carcomida por el paso del tiempo arrollador, en el entendido que vale la pena mi interés por hacer del conocimiento de mis “antiguos” lectores, una serie de hechos sucedidos al final de este año que concluye.

Sucede que los habitantes de esta bellísima ciudad han sido obligados prácticamente en las últimas semanas a ver el mundo al revés. Vale decir, los colores, los sabores y los valores han sido distorsionados de tal forma que aquí lo blanco es negro, lo azul rojo, lo decente pornográfico, lo útil bizantino, lo bondadoso perverso, lo ético maléfico,

.





lo político religioso, lo religioso económico, lo ilustre miserable, lo miserable grandioso, lo dulce amargo, lo salado agridulce, lo delicioso cochino. Jamás había llegado tan lejos el éxito de una virtualidad tan generalizada, cruel y poderosa. Virtualidad que no virtud, por supuesto. La virtud es la escalera que conduce a la santidad. La virtualidad a la que me refiero es el intento de construir un mundo que corresponda a los caprichos más irracionales con el objeto de lograr un objetivo determinado. En antiguas crónicas siempre traté de adecuarme a la descripción más verdadera de lo observado, así fuese la más cruda realidad. Hoy pareciese que lo reportado desde aquí por los modernos escritores, es la descripción de un mundo caótico en medio de la más absoluta normalidad, la descripción de hechos inverosímiles, cuando la verosimilitud es una de las más apreciadas características de la ficción, de lo novelesco y hasta lo grotesco.

Válgame Dios, aquí lo único que falta es que se diga que se dispare pacíficamente con la ametralladora más ruidosa y que Dios está actuando diabólicamente para engañar a los seres inocentes, como son las dos guacamayas que ya se disponen a dormir toda la noche sin preocuparse por esto de los valores que se transmite a través del lenguaje. Ellas utilizan también las palabras, pero no conscientemente, connotando significados, sino más bien repitiendo sólo los sonidos que una vez aprendieron.



Ríos de arena *Hacia la playa seca*

Como consecuencia de las explosiones atómicas provocadas por los seres inteligentes del planeta, se produjo en la tierra un cambio de clima que condujo a una sequía en toda la superficie. La lluvia desapareció por completo hasta el punto de quedar únicamente en el recuerdo de los hombres. Los lagos y los ríos se secaron. Los árboles perdieron su color verde muriendo de pie y luego fueron arrebatados por los fuertes vientos.

Siglos más tarde se podían observar las figuras disecadas de hombres, zamuros y reptiles formando largas colas a través de los ríos de arena hacia las playas de los mares. Estos, a su vez se habían convertido en inmensos desiertos llenos de peces muertos.

Así se había terminado la historia de uno de los planetas que, como todos los demás, también tuvo su única oportunidad.





Desde y hacia Marte

Hace varios millones de años la tierra no estaba habitada por seres inteligentes. Pero sí por animales y plantas cuya tarea era la de mantener el equilibrio ecológico necesario para la vida misma del planeta. Para ese entonces, en aquel paraíso terrenal convivían: el león con el cordero, el lobo con la oveja, el dinosaurio con la hormiga, el perro con el gato.

El agua de todos los ríos era potable, cristalina, incontaminada. Todos los bosques se conservaban completos, sin talas ni quemas que los destruyeran. Los animales se alimentaban con los frutos de la tierra y ésta, se nutría con la pureza de la lluvia caída del cielo. La vida del aquel inmenso paraíso era de una fragancia envidiable y de un discurrir pausado y armónico.

El azul del firmamento y el de los mares se confundían en la distancia. Ésta daba paso al verde de las selvas y de las llanuras interminables.

El planeta Marte, a trescientos cuarenta millones de kilómetros de distancia, sí estaba poblado por seres inteligentes: los hombres. Estos, dueños de la más avanzada tecnología construyeron canales de riego para la agricultura, los cuales se extendían por casi todo el suelo marciano.

Lamentablemente, también su gran progreso tecnológico les permitió minar el planeta con bombas nucleares de





todo tipo. Un día pues, sucedió lo inevitable: la guerra total. Esas armas rugieron inclementes por todo el planeta y éste, sumido en la más absoluta inermidad, se quedó solo y sin la presencia humana para siempre.

Sin embargo, no todo fue ofuscación en los últimos días. Los habitantes del hemisferio norte, quienes siempre se distinguieron por ser precavidos en extremo, enviaron a la tierra una nave espacial, la “Viking O” provista de alimentos, mapas estelares, un grueso libro y una pareja de enamorados: Adán y Eva.





Benito

Pues yo sí le había dicho al Benito que se dejara de tanto tomar, porque eso no le convenía a él, un hombre joven, lleno de vida. Ya la mujer se le había ido pa' Caracas, pues bueno, conténtese con que le dejó los dos muchachitos, que esos crecen y cuando estén grandes esos se acuerdan y le preguntan al papá por la mamá.

Por aquí siempre llegaba a veces en las tardes y se sentaba en esa silletica que está allí a pensar y a comer chimó, pues hasta esa costumbre había agarrado desde que se le fue la mujer. Todo sucio hasta quince días lo víamos con un pantaloncito de kaki y una camisita todita remendada con el cuello negrito de mugre.

Esa tarde sí llegó y se sentó allí, pero como yo lo notaba como más distinto, hablaba, reía y hasta me dijo que le prestara cien bolívares pa' ir pa' Mérida a comprarle una ropita a los chiniticos. Yo se los di porque él me dijo que iba a vender dos novillas que tenía pa' los laos de Minugú y que, cuando las vendiera me regresaba la plata.

Hablamos un rato, hasta que él me dijo que tenía que ir a buscar una harina al molino antes que cerrara la señora Demesia. Bueno, salió de aquí, y cuando yo fui para la cocina a cenar, al rato tocaron la puerta de la pulpería, salí y vi el gentío que estaba parado allá abajo en la curva. El camión era un carro grande de estacas, amarillo. El hombrecito quesque vendría de Barinas, pero vendría sería, ¡quién sabe...!





Allá en la cañada

Bueno, allá en la cañada dejamos un arao, unos trastes viejos, una mucurita pal café y otros corotos que ahorita no me acuerdo. Tuvimos que salir corriendo cuando escuchamos aquel tremendo ventisquero; ¡ah! El gato y el perro también se quedaron encerraos en el cuartito de la leña. Yo sí como que presentía que iba a pasar algo malo porque esa noche había ventiao mucho. Se oía cuando sonaba el viento por encima de las tejas.

El tremendo remolino arrancó de cuajo el techo de la casita, las tapias quedaron en el suelo y unas latas de zinc que teníamos pa' hacele la ramada a un cochinito que habíamos compraos onde el señor Aminodoro, eso, ni pa qué, fueron a volar abajo casi hasta Chachopito.

Ahora quién sabe pa' onde nos iremos, yo estaba pensando en ir a Caracas a ver si encuentro al hijo mío, el mayor que se fue hace mucho pa' allá. Quién sabe si voy y no lo encuentro porque desde hace ocho años que vino por ai pa' la nochebuena no ha vuelto más ni ha escrito ni nada.





Una verdad inaplazable

Tengo miedo de recordarla. Por eso tiendo a convencerme cada vez más de lo que siempre temí: el aferrarme a una única opción en caso de perderla: la nostalgia.

Nunca había pensado que la ausencia de un ser tan querido como ella, llegara a desterrar de esa manera todas mis posibilidades y más, cuando se ha creído casi ofuscadamente en cada una de ellas. En cualquier caso, su presencia hubiera sido para mí lo que siempre deseé; su ausencia, lo que jamás acepté.

La nostalgia entonces, se transformó en la responsable solitaria, absolutamente solitaria, de una verdad inaplazable. Creí entonces en la verdad, porque ello me reconfortaba sobremanera y porque estaba claramente convencido de que ella representaba, en todo caso, un aliciente permanente. El temor (mi temor) fue el rugiente vendaval que la separó irremediamente de los brazos que la esperaban abiertos. Pero el temporal, que arrastró también las hojas de los árboles más cercanos, nunca pudo tener la impetuosidad suficiente para arrancarme el recuerdo de quien pudo haber llenado mis postreros días con el sagrado y maravilloso néctar de las horas felices que siempre nos fueron negadas y con las que siempre habremos de soñar, ya envejecidos, separados y distantes.





Herencia

Pues, sí, ese día salimos tempranito de allá de Quebrada Honda. A mediodía llegamos al Potrero. Allá Epifanía nos dio el desayuno: arepas de harina de trigo recién hechas, cuajada y guarapo bien caliente. Estaba haciendo mucho frío y nosotros andábamos ensopados porque nos había llovido desde que salimos hasta antecitos de llegar. Yo con mis cotizas de tres puntos, me había costao mucho pa' caminar porque me mataban mucho y me hacían callos en los talones y en los dedos. Pero con todo y eso, sí encontré a mi papá allá y le dije lo que tenía que decirle, yo quiero mi herencia papá, aunque sea el pedacito que queda pal otro lado del río, que allí como pueda hago un rancho y así siquiera tengo onde meter la mujer y los muchachos. Pasó un buen rato y el viejo no me contestó, se quedó mirándome como si yo no fuera hijo dél.

Al rato fue que me dijo que me iba a decir la verdad y me la dijo, pero a yo no se me da nada tampoco por eso. Me contó que yo no era hijo dél y que él se había casado con mi mamá por lástima. Siguió lloviendo y así tuve que regresarme solo y de noche paqui pal Carrizal.

Bueno, eso ya hace más de veinte años; los muchachos están hombres ya y tienen sus finquitas cada uno pa' la tierra llana... y no necesité más de mi papá.





Una plegaria de perdón

No desearía continuar como un punto insignificante dentro de mi propia angustia. Desde el día en que se marchó definitivamente de mi lado para jamás regresar, las preguntas que yo mismo tengo que responderme no serán suficientes para lograr de una vez por todas desterrar la visión del momento aquel en que por primera vez pronunció mi nombre. En ese instante sentí como si una voz que fluía del infinito se internara en mi espíritu sediento por quien en aquel momento ocupaba toda mi extensión. Ocurría que su entrega también era total, absoluta, definitiva en cada una de las palabras brotadas de lo más profundo de su alma de mujer adolescente y buena.

Hoy, cuando en las noches claras y llenas de luceros y de estrellas, me parece oír de nuevo esa voz que hacía estremecer de gozo el aire mismo que nos rodeaba, debo hacer un sobrehumano esfuerzo para convencerme de que todo no ha sido mas que un sueño. El más triste que quizás se haya escrito en las páginas de un destino devotamente dedicado a quien jamás regresará y por quien en las noches tormentosas de invierno frío e inmensa soledad, reste únicamente una plegaria de perdón.





La serpiente permanente

Enrique propendía a irritarse fácilmente; una noche, cuando se disponía a dormir después de un día muy accidentado, encontró una serpiente debajo de su cama. No pudo soportar la explosión de ira; y allegándose a la mesa de estudio, extrajo de la gaveta un revólver con el cual atravesó el peligroso reptil varias veces y por distintas partes de aquel cuerpo ondulante.

En el patio de la casa estuvo triturado al animal con un leño durante largo tiempo; luego prendió fuego a todos aquellos pedazos esparcidos por todo el patio; y como si esto fuera poco, enterró parte de las cenizas, y el resto, lo espolvoreó en el aire fresco de la madrugada.

Al amanecer, cuando exánime regresó a su habitación, encontró de nuevo la serpiente, la que cansada, sudorosa y somnolienta, estaba terminándose los últimos pedazos de la cama de Enrique.





Margarita

Todos admirábamos a Margarita: su manera de hablar, esa forma de decir las cosas tan clara y bonita; su manera de reír, tan femenina, su voz tan melodiosa era el pan de cada día. Cuando caminaba hacía morir de envidia a sus compañeras de colegio. No había en toda la ciudad tanta belleza.

Un día Margarita desapareció de la ciudad. Nadie supo más nada acerca de ella. Pasaron los años, muchos años; pero una tarde de lluvia por entre el bullicio del centro de la ciudad, una anciana de muy avanzada edad caminaba solitaria buscando una dirección, que jamás encontraría, pues la ciudad se había transformado totalmente. Después de mucho vagar por las mojadas calles se decidió a entrar a un cafetín en el que únicamente estaba su dueño, un anciano de aproximadamente ochenta años.

-“Pase adelante Margarita, la estaba esperando”- dijo él-.

Y un abrazo tan fuerte y estruendoso selló aquel reencuentro, que hoy, muchos años después, todavía no se han podido separar aquellas dos figuras de materia ósea cristalizada.





Y así se nos va el tiempo

Y así se nos va el tiempo: en las mañanas regadas de rocío, en cada caluroso mediodía, en las tardes de lluvia entristecidas, en las muchas veces frías y oscuras noches de invierno melancólicas. Se nos va en cada mirada de desprecio, en cada esquinita que cruzamos, en la sonrisa de los niños, en el oportuno consejo de una madre preocupada, en el ruido del viento que se estrella en las paredes y en los techos. Se nos va por entre la suela de los zapatos y los ojales de la camisa. Se nos va con los seres queridos que no hacen morir un poco con su partida.

Y un día como cualquier otro, también nosotros nos vamos, nos vamos con la esperanza de haber sabido compartir el banquete con todos aquellos seres que nos quisieron y con la tristeza de no habernos podido compartir con los seres que se alejaron muy temprano, tal vez, porque no los supimos comprender... y murieron.





El grito desesperado de un grillo

Y llegó el día, hijo, en que los hombres decidieron minar con cargas nucleares la superficie de su único satélite natural: la Luna. Ésta, explotando en millones de pequeños fragmentos, dejó de ser la compañera inseparable de los enamorados, quienes desde ese momento, recurrieron a la luz intermitente de las luciérnagas. El amor entonces dejó de tener sentido y los hombres, olvidando todas sus diferencias, debieron levantar un gran monumento a la paz momento antes de sucumbir arrastrados y envueltos en su propia tristeza.

Por eso, hijo, cuando en las noches muy oscuras quieras observar a la Tierra desde aquí, trata de fijar tu atención en los millones de pequeñas luces intermitentes buscando desesperadamente a los seres que murieron sin haber comprendido, ni siquiera por un instante, que también el amor estaba contenido en la luz de las luciérnagas, en el grito desesperado de un grillo... en el canto enamorado de una chicharra solitaria.





Buscando el pasado

Andrés llegó al espejo y lo que vio más allá del reflejo de su propia imagen lo estremeció de tal manera que estuvo a punto de decidir, en aquel preciso momento, regresar al pasado. Pero jamás lo lograría puesto que nunca estuvo reconciliado con él.

Su vida había sido siempre una permanente huída de sí mismo.



